



GENERAL FRANCISCO P. TRONCOSO.

CAPITULO XIX.

Sitio de Puebla.

Durante todo el tiempo que duró el sitio de Puebla, el General Díaz se mantuvo siempre activo, y nunca le faltó una palabra de aliento para los soldados y oficiales que estaban bajo su mando. Su ascendiente sobre los sitiados era muy grande y su actividad atraía la atención de sus jefes superiores y era motivo de la admiración de todo el ejército. Los oficiales de ese tiempo que aún sobreviven, y que estuvieron en ese famoso sitio, todavía recuerdan lo mucho que llamaban la atención su laboriosidad é inteligencia militar, de las cuales dichos oficiales continuamente se ocupaban en sus conversaciones, siempre que lograban reunirse para platicar sobre los tópicos del día.

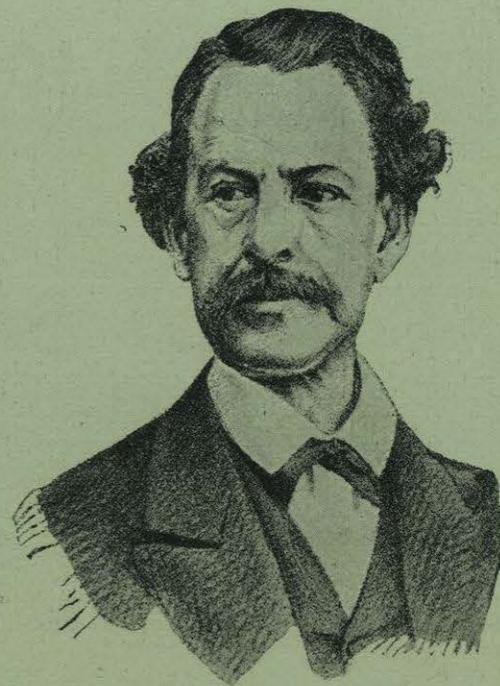
El General Francisco P. Troncoso dice lo siguiente en su "Diario del Sitio de Puebla," que fué escrito en la misma ciudad cuando los franceses cañoneaban sus fortificaciones, con fecha dos de Abril; esto es, el día siguiente de aquel en que Porfirio Díaz se hizo cargo de la línea de defensas del Oeste de la ciudad:

"El General Porfirio Díaz, que manda la Brigada de Oaxaca de la División de Berriozábal, es un jefe muy templado, de gran reputación y simpatía. En la acción de Pachuca se distinguió y se dió á conocer por los viejos soldados que estaban en México, pues fué muy alabado por el General Tapia, que mandaba en jefe. Se cuentan de él muchos actos de valor, tenacidad, resolución y astucia en los numerosos combates que ha tenido. Se dice que en Tehuantepec, Juchitán y otros diferentes puntos tuvo acciones que lo acreditan tanto, que se le tiene ahora como el primer soldado del Estado, donde ya es candidato para Gobernador, aunque él no quiere y se ha rehusado. Ha sido

herido varias veces, entre otras acciones, en Ixtapa y Oaxaca. En Jalatlaco llevó á cabo un movimiento audaz y oportuno, derrotando á Márquez; y esto me consta, porque yo estaba en Toluca y lo supe en el acto. Como es muy sabido, el 5 de Mayo se distinguió extraordinariamente como jefe de la derecha, rechazando y persiguiendo al regimiento de infantería de marina francés, y apoderándose de muchas de sus mochilas que dejaron en su retirada en la garita. En su brigada, que es de muy buenas tropas lo quieren y respetan; pero, ¿qué? si todo el mundo lo aprecia. Se ha dado á querer porque es muy dulce en su trato y muy accesible, bien que según dicen los oxacos, bajo su modestia y dulzura, se oculta una gran fuerza de voluntad y una energía formidable. Chuchó Lalanne, que lo quiere y lo alaba siempre, dice que no hay duda que va á distinguirse en el sitio, asegurándonos á varios amigos, que pronto se colocará en primera línea entre los demás generales."

Desde el tres de Abril en adelante los franceses hicieron repetidos ataques sobre la ciudad, como ya hemos visto por la relación del mismo General Díaz, al principio especialmente por el lado del oeste; y parecía como si estuvieran resueltos á tomarla por asalto. Esta era la opinión general de los sitiados, quienes pensaban que Forey había decidido abrirse paso hasta la plaza central y ya allí dominar la situación. Pero se encontró con la más obstinada resistencia en todo el largo de la línea de defensa. Los muros eran derribados y las fortificaciones destruidas; pero interín otros muros habían sido fortificados, otras trincheras habían sido abiertas y otras murallas levantadas. A fuerza de cañonazos se abrían brecha en los macizos muros de los edificios y por ellas penetraban las compañías de franceses, sólo para ser rechazadas con grandes pérdidas; y antes que pudieran volver á la carga, las brechas habían sido tapiadas y atrincheradas por detrás.

No habían esperado los franceses tan obstinada resistencia, y Forey finalmente comprendió que oca-



GENERAL IGNACIO MEJIA

sionaría demasiadas pérdidas de vida el continuar las tácticas con que había abierto la campaña; y así determinó poner sitio formal á la plaza y rendirla por hambre; pues sabía que no tenía suficientes provisiones de boca ni municiones de guerra para resistir por mucho tiempo.

Pero continuó cañoneando la ciudad y aproximando sus trincheras cada vez más á los muros, y no pasaba un solo día sin que tuviera lugar una ó más escaramuzas. Con frecuencia éstas eran de carácter grave, con lo cual los sitiados se tenían que mantener constantemente sobre alerta. No había la menor duda de que Forey se proponía hacer la vida en la ciudad lo más insoportable posible; y efectivamente, muchas partes de ella quedaron pronto inhabitables á causa del cañoneo continuo.

La política del comandante en jefe francés tuvo su resultado natural. Las provisiones se hicieron cada día más escasas en la ciudad sitiada, la existencia de municiones de guerra iba tocando á su fin, y las epidemias producidas por la putrefacción de los cuerpos sin enterrar de hombres y animales que quedaban bajo las ruinas, asolaban á la ciudad terriblemente. Pero los sitiados rehusaban aún rendirse. Los oficiales se exponían en los lugares de mayor peligro heroicamente y los soldados peleaban con la mayor tenacidad; y como lo dijo un testigo presencial, sin que se oyera la menor murmuración. El siguiente relato de Troncoso muestra el espíritu que animaba á muchos de los defensores de Puebla:

“Hoy 3, al anoecer, se ha expuesto mucho el General Porfirio Díaz á ser muerto ó hecho prisionero. Es el caso, que se había hecho una nueva trinchera cerca de la esquina de la calle que mira á la del hospital. El General Díaz, que notó que no se hacía fuego de la manzana y que estaban sin cerrar ni cubrir algunas puertas, preguntó á Calderón, el comandante del 2º de Toluca, que ocupaba este lugar: “Desde qué hora no hace fuego el enemigo?”

“Mi General, desde la tarde, y aunque nada se vé

ni se escucha, estoy seguro que ocupan el interior de las mismas casas, donde se fortifican."

"Pues es necesario cerciorarse si están allí, pues esto nos interesa muchísimo."

"Mandaremos, si usted le parece, un oficial ó un sargento y algunos soldados," dijo Calderón.

"No" responde el general, "vamos usted y yo."

"Pero, mi General," le dice Calderón, "usted no debe ir, estoy seguro que no tiran por no llamar la atención, pero que allí están fortificándose; en todo caso iré yo."

"No, no," replica el General, "quiero verlo yo, vamos." Y diciendo y haciendo saltó ligeramente la trinchera y se dirigió violentamente á la puerta de un zaguán sin hojas, pues éstas habían sido despedazadas. Calderón lo siguió, llevando un subteniente y un sargento. El General Díaz penetró con éstos al zaguán; pero no había caminado cinco pasos en el interior, cuando le dispararon unos tiros á corta distancia. Todos retrocedieron violentamente. El General les dice: "No hay cuidado, está oscuro y no pueden vernos bien."

"Al volver á la trinchera le dice Calderón: "Ya ve usted, mi General, como están allí. Permítame usted que respetuosamente le haga notar que ha hecho usted muy mal en exponerse de esta manera."

"Creo que tiene usted razón," le responde riendo el General, dándole un golpecito en el hombro "pero me gusta ver con mis propios ojos las cosas que me interesan más bien que atenerme á los ajenos."

Dice el mismo Troncoso en su Diario del día 4 de Abril:

"Hoy ha sido día de tantas emociones como los días anteriores. Cañoneo y bombardeo de la iglesia de San Agustín y centro de la ciudad; incendio de dicha iglesia; segundo ataque de San Marcos, menos fuerte que el primero, pero bastante formal, estando allí mejor fortificados; segundo ataque de Judas Tadeo; amago al fuerte Zaragoza; cañonazos á

las torres de catedral, y cañoneo al Señor de los Trabajos y Santa Anita. Todo esto hemos gozado.

"Desde la tarde de ayer una batería de á 12 establecida á un lado de la Penitenciaría, y otra de á 4 frente á la Plezuela de San Agustín, tiraron unos cuantos cañonazos contra la espalda de este templo, que repasando en altura las casas que tienen detrás, podía ser perfectamente vista. Hoy cerca de las cinco de la mañana esos cañones rompieron un fuego muy vivo sobre el templo y la torre. Las granadas penetraron al primero, en el cual, además de una gran cantidad de cajas de municiones de infantería y de artillería se hallaban casullas y todo lo perteneciente al culto y además algunos muebles depositados, como pianos, sillas, etc. Desde luego se incendiaron éstos y los altares, produciendo una humareda tan espesa que no se veía á unos cuantos pasos.

"Los Generales Berriozábal y Díaz, con las tropas de reserva que estaban á la mano (Toluca y Oaxaca), lo primero que hicieron fué que se sacaran las municiones. Esta operación difícil y riesgosa, pues además del incendio y del humo, las granadas enemigas no cesaban de caer y reventar en la nave del templo, se llevó á cabo felizmente, no sin sufrir pérdida de algunos soldados que fueron heridos por los cascotes de las granadas. Todo el mundo, jefes, oficiales y tropa, cargábamos con las cajas que se sacaban de la puerta de la calle y por la comunicación con el convento. Hasta el mismo General Díaz, que es muy fuerte, ayudaba la operación."

Ya á mediados de Abril, los generales del ejército mexicano en Puebla estaban divididos en sus opiniones acerca del camino que había que seguir. Algunos de ellos creían que sería mejor abandonar la ciudad, abriéndose paso á través de las líneas francesas y marchar hacia la capital; mientras que otros eran de opinión que era mejor permanecer dentro de la ciudad situada y defenderla hasta el final. Estos últimos creían que el ejército mexicano no estaba suficientemente bien equipado con municiones de guerra

de naturaleza transportable para dar batalla á los franceses; y también creían que muchos de los soldados, después de su terrible experiencia dentro de los muros de Puebla, huirían á los montes, y que las fuerzas efectivas que llegarían á la capital no serían suficientes para ofrecer frente de batalla á los franceses, quienes envanecidos con lo que ellos considerarían como una victoria, se trataría de aprovechar de las ventajas, y destruirían, con toda probabilidad, la última esperanza de la República de poder ofrecer resistencia inmediata y sin descanso al imperio.

El General Troncoso, íntimo amigo del General Felipe Berriozábal, registra en su Diario del Sitio de Puebla, bajo fecha 3 de Mayo, la siguiente conversación que asegura tuvo ese día con el mencionado jefe. Es de especial interés, pues muestra las diferentes actitudes de los varios jefes militares del ejército, referente á la utilidad y conveniencia que pudiera haber de seguir sosteniendo el sitio. Dice así:

“Dijo el General Berriozábal: “Había varias opiniones entre los generales partidarios de la salida, pero la que probablemente se hubiera llevado á cabo era la siguiente: Se formarían dos columnas de cinco mil hombres ó más cada una. La primera efectuaría su salida por el Norte, frente á Loreto, siguiendo el camino para el rumbo de San Pablo; la segunda saldría frente al fuerte de Ingenieros para marchar á Atlixco, etc. Por supuesto que se llamaría la atención del enemigo por varios puntos. En la plaza se ocuparían las líneas con el número estrictamente necesario de tropa, para no ser forzadas fácilmente, conservar la plaza lo más posible y poder dar tiempo á una capitulación. Como en aquel tiempo, no estaban aún bien fortificadas esas líneas francesas, que ocupaban más de dos leguas de extensión, su forzamiento era fácil, seguro y violento, pues ya se vió con qué facilidad pasó la caballería, y aún suponiendo que tuvieran fuertes bajas, las columnas pasarían. Una vez nuestras tropas fuera de la línea francesa, podría optarse por dos proyectos. El pri-



MESTIZA DE PUEBLA.

mero era de marchar ambas columnas para México, donde llegarían al menos con 8,000 hombres que se triplicarían prontamente.

Comonfort, que ayudaría en la salida, y que tenía unos 5,000 hombres, se retiraría á México y al interior, donde, con las tropas que existen y las que se mandarían formar y concentrar, se tendrían al menos otros 5,000. Figúrese usted qué entusiasmo en la capital y en toda la República al saber la rotura del sitio y que en México y cerca de él existían 40,000 soldados. Los franceses llegarían á sitiarse á México con 25,000 hombres á lo más, pues tendrían que dejar guarnición en Puebla, establecer la línea entre ésta y México, etc. ¡Quién sabe si no podrían pasar de Puebla!

“En México, que está bien fortificado y municionado de todo, podríamos dejar 20,000 hombres de las tropas más novicias que resistirían más de cuatro meses. Los 25 ó 35,000 restantes estarían de observación para aprovechar una oportunidad, cortar los víveres y convoyes al sitiador y en espera de las tropas de todo el país, que marcharían á unírseles durante esos cuatro meses, tiempo más que suficiente para efectuarlo.

“El segundo proyecto (por sentado que sí lo admitía el Ministerio de Guerra) consistía en que sólo marchase á México la columna que salía por Ingenieros, haciendo que la de San Pablo, á la que unirían 2 ó 3,000 caballos y todas las fuerzas de Puebla, Veracruz y Oaxaca, marchase á la línea enemiga de comunicaciones, de Puebla á Veracruz, para que dividiéndose en varias columnas interceptaran constantemente dicha línea. Entonces los franceses tendrían que distraer 3 ó 4,000 hombres más para cuidar esas comunicaciones que podrían cerrárseles, tal vez por completo, y no podrían llegar sobre México ni con 25,000 hombres, y eso perdiendo al menos veinte días ó más mientras establecían sus fuerzas entre Puebla y Veracruz. Consideraba yo, me dijo, de tal importancia y de tan decisivos resultados la rotura

del sitio, que he llegado á pedirla hasta con terquedad y tal vez con impertinencia, y los Generales Díaz, La Llave y otros han sido de mi opinión en todo, apoyando y extendiéndose sobre lo que yo decía y creía bueno, pues de esto hablamos largamente antes de proponerlo.

“El General González Ortega, que se opuso terminantemente al principio, llegó casi á decidirse por la salida; pero, como consultó á México, porque para un movimiento semejante no tenía facultades, allí se negaron rotundamente á la salida, pues no comprendieron su grandísima importancia.”

Ya á principios de Abril los malos olores producidos por la putrefacción de los cuerpos abandonados en las trincheras, eran casi insoportables, especialmente en la parte de la ciudad defendida por el General Díaz, que era la que estaba más expuesta á los fuegos del enemigo. Centenares de franceses yacían muertos en las calles, donde era imposible removerlos; y la pestilencia que de allí emanaba era llevada por el viento á los cuarteles de los sitiados, llevando consigo enfermedades que amenazaban convertirse en epidemias. Los cadáveres expuestos eran prontamente desorganizados por el calor tropical y la lluvia. Gatos, ratas y perros, tan hambrientos como los habitantes de la ciudad, que no tenían desperdicios que arrojarles, devoraban con la mayor voracidad los cuerpos descompuestos. Tanto los soldados mexicanos como los franceses, hacían fuego sobre éstos animales, matándolos por centenares, y así se contribuía á aumentar la fuente del hedor fétido que infiltraba el aire del distrito bombardeado y que de allí se extendía á toda la ciudad.

A mediados del mes las provisiones comenzaron á escasear, y los oficiales comenzaron á buscar por toda la ciudad los depósitos ocultos de alimentos, de los cuales, de tiempo en tiempo, se encontraban algunos, aunque ninguno de estos hallazgos era de suficiente importancia para alterar la triste realidad, de que la guarnición tendría que perecer de hambre



GENERAL IGNACIO COMONFORT.

después de pasado otro mes, á menos que vinieran auxilios de fuera. Por lo que los sitiados ponían todas sus esperanzas en las fuerzas de Comonfort, las cuales se sabía estaban cerca de la población y se esperaba que este jefe intentaría romper el bloqueo y traer ayuda á la ciudad amenazada de hambre. Pero Comonfort no era suficiente fuerte para poder batir á los franceses ó para llamarles gran cosa la atención, y todas las intentonas que se hicieron para introducir provisiones y municiones de guerra á Puebla, fueron frustradas por la vigilancia de los sitiadores.

Si sufría el ejército debido á la escasez y excesiva mala calidad de los alimentos, las mujeres, los niños, los ancianos y los inválidos, que formaban la mayor parte de la población, sufrían aún más cuando comenzaron á escasear las provisiones; pues el comandante en jefe, que á duras penas y con raciones reducidas apenas lograba mantener los hombres que peleaban, no se podía esperar que se ocupara de atender las demás necesidades de la población.